

Prólogo

Todos los seres vivos tienden por lo general hacia la búsqueda de un mundo mejor, para ellos primero y también para los demás, de la misma manera cualquier organismo se esfuerza por estabilizar sus condiciones internas de vida y por mantener su individualidad, aunque ello suponga una agitación interna, que paradójicamente resulta esencial en la vida, porque la consciencia de nuestra perpetua imperfección es lo que nos mueve hacia la búsqueda, la motivación, el ansia, el hallazgo, el análisis y la creación de valores.

En este afán humano por encontrar la felicidad, resulta complejo encontrar el camino correcto, ya que la única certeza que tenemos es el paso del tiempo y la propia muerte, por eso nos esforzamos en no errar, en evitar equivocarnos y si es posible disfrutar mientras seguimos buscando.

Por suerte la vida nos concede determinados valores que nos ayudan y nos hacen menos pesada la carga que a menudo representa superar cada día la idea de que no somos inmortales. El amor es a menudo una buena compañía, porque es la expresión máxima de la felicidad especialmente cuando se da de forma altruista, los amigos acostumbran a acompañarnos en algunos tramos del camino. La fe es otro valor importante ya que estimula una perspectiva más aceptable de las adversidades, también la esperanza porque nos protege de los efectos nocivos de los infortunios; naturalmente necesitamos salud para estar vivos y ser conscientes y sobre todo, un proyecto a realizar, algo que hacer.

Creo recordar una frase del premio Nobel José Saramago, que dice algo así: «También a los grandes hombres y mujeres —supongo que las incluye—, se les duerme con cuentos.» Unos años antes, alguien dijo que «los cuentos no son para dormir a los niños, sino para despertar a los adultos», son palabras de Hans Christian Andersen, autor de

numerosos cuentos, entre ellos «El patito feo» en donde el protagonista decía: «mi vida es un bello cuento de hadas, magnífico y feliz.»

Que bonito ¿no?, aunque suene a utópico, cursi y poco probable en los tiempos que corren, en palabras del psicólogo y psiquiatra Bruno Bettelheim, de su obra *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*: «Se puede aprender más de ellos —los cuentos— sobre los problemas internos de los seres humanos y sobre las soluciones correctas a las dificultades en cualquier sociedad, que de otro tipo de historias» y Platón añadía: «se conoce más a una persona jugando una hora con ella, que en toda una vida a su lado», parece como si lo lúdico se acaba mezclando con lo individual, quizás porque es tan auténtico lo uno como lo otro y todo forma parte de la aventura de vivir.

Lo cierto es que las historias y la narrativa de los cuentos siempre hacen referencia a los problemas humanos, los desenlaces y las soluciones. Quizás visto desde este punto de vista, su lectura puede ser como una metáfora que nos ayuda a comprendernos mejor.

El libro que presento al lector, es fruto de mi imaginación y ésta probablemente tiene mucho que ver con historias que me han sucedido a lo largo de mi vida, no me resulta muy difícil acercarme a la realidad desde la fantasía, porque mis historias sólo muestran conflictos reales y también idealizan la forma de enfrentarse a ellos.

No es difícil contar historias, muy especialmente si se han hecho nuestras, de hecho en mis repetidos viajes a África occidental, he podido descubrir que la historia de la mayoría de etnias que allí conviven se escribe en el pensamiento de las generaciones más antiguas y exclusivamente por vía oral y creo que no hay forma mejor, porque contiene además el valor emocional de quien lo cuenta y eso, de verdad no tiene precio.

Recuerdo en otra etapa de mi vida, hace más de 25 años, que dormía a mi hija con cuentos sobre Peter Pan, todos inventados, naturalmente. Recurrí a este personaje fácil para mí, no tanto por emular al niño que nunca quiere crecer, que no es mi caso, sino por la fantasía que me empujaba cada noche desde una ventana en el cuarto de mi hija Thais, hasta dejar explotar mi imaginación volando por un cielo inmenso que cubría con un manto estrellado sobre la ciudad de Barcelona. La vista

de un horizonte inmenso plagado de tejados hasta el mar, me servía de inspiración para imaginar fantásticos viajes desde aquella falsa ventana de cobertizo en la parte alta de la ciudad, en la que vivíamos en el barcelonés barrio de Horta-Guinardó, desde allí me subía con ella de la mano, hasta un mundo mágico durante unos momentos, para cobijarme después bajo la protección del nido de nuestro hogar. Creo que este viaje hacia el mundo mágico y desconocido, debería ser la auténtica actitud que debe ayudarnos a soportar la incertidumbre, pues la vida debería ser realmente un misterio por descubrir más que un problema por resolver.

Aún no sabemos con certeza, cuando aprendimos como humanos a hablar, pero desde entonces no hemos dejado de hacerlo para bien o para mal y al final casi todo acaba convirtiéndose en cuentos, lo malo es que muy pocos acaban bien; aunque seguimos intentándolo desde entonces.

Ya sea en prosa o poesía, la narrativa de historias ha caminado en paralelo a la historia de la humanidad, desde la óptica ilustrada de nuestros orígenes griegos, primero sería la mitología, muchas historias que explican determinados mensajes, normalmente ligados a ciertos valores, —nunca sabremos del todo si determinadas historias finalmente acaban en distintas recomendaciones que se convierten en símbolos y valores, o en realidad fue al revés, empezamos por el símbolo y después se monta algo para defenderlo—, que más da, pero los primeros cuentos casi siempre se alumbraban en las religiones, en los dogmas, en cierto surrealismo místico, del que muchos se han aprovechado, pero que ha servido para mantener la esperanza del ser humano, mucho más allá de la cruda realidad de la propia existencia, que nadie acepta y mucho menos aquellos que ni siquiera tienen tiempo de plantearse su posible trascendencia.

Supongo que en nuestra civilización más reciente —parece que todo empezó sobre el siglo XII a.c, por tanto, la etapa homérica— a partir de los griegos por tanto, que tenían un cierto grado de cultura y además pensaban que debían buscar explicaciones a la conducta humana y a los valores de la época, a mi entender para justificarlos, se crearon historias o cuentos relacionadas con sus dioses.

Una forma de entender la historia de la humanidad desde la óptica de los dioses griegos puede ser a través de su mitología, que ha sido fuente inacabable de la convivencia humana, desde ella, se justifica no

sólo la historia del mundo sacralizado, sino los conflictos de amor e intereses entre unos y otros y que sirven de guión a la mayoría de historias contemporáneas.

Las fuerzas del bien y del mal, subordinadas a una inteligencia superior, el origen de la esperanza, la curiosidad, las pasiones, las virtudes, han significado una historia o un cuento cuyo resultado, absolutamente alejado de toda prueba científica, al final es menos importante que el placer de conocerlo, especialmente porque en el fondo lo único que realmente nos interesa es obtener la felicidad por el camino más fácil.

Sin ninguna duda para mí, las historias de las antiguas divinidades no dejan de ser cuentos y relatos que justifican la existencia del género humano, más o menos hasta nuestros días.

Desde la óptica de la religión judeocristiana, el Antiguo Testamento es otro enorme cuento, probablemente mucho más realista y que sigue interpretándose en la actualidad.

Lo que tienen en común mitología, religión o incluso el recordatorio histórico es que van algo más allá de lo que sería un simple relato cronológico, en todos los casos se deja notar la mano humana que trata de explicar este relato a otro o a otros y a la vez los implica en las historias relatadas, por tanto siempre hay un fondo subjetivo y, a veces, determinados juicios de valor, que buscan remotamente colocar al lector frente a determinadas realidades y al mismo tiempo idealizan cierto compromiso frente a las historias contadas. Este efecto doctrinal se puede ver en el Evangelio de San Juan 5. 2-9., en donde se narra la curación del enfermo de la piscina y de forma muy clara en todas las parábolas que miden determinadas actuaciones humanas, cuyo resultado siempre se relacionará con la actitud que lleva a realizarlas.

Lo veremos aún más claro en una de las reflexiones de Anthony de Melo, —que desgraciadamente ya no está entre nosotros— extraídas de un libro anterior al célebre best-seller *La oración de la rana* (1987). Este pequeño relato lo leí por primera vez en el Centro Don Bosco de Lomé (Togo) y me lo prestó mi amigo, el misionero salesiano Enric Franco, vale la pena afirmar que cualquiera de los libros de De Melo, es como un bálsamo para la reflexión. Este cuento pertenece al libro *Un minuto para el absurdo*, Ed. Sal Terrae 1993 y dice algo así:

«El gobernador dimitió de su elevado cargo y acudió al Maestro en busca de enseñanza.

—¿Qué quieres que te enseñe? —le preguntó el Maestro.

—La sabiduría.

—Lo haría con mucho gusto, amigo mío, si no fuera porque existe un gran obstáculo...

—¿Y cuál es ese obstáculo?

—Que la sabiduría no puede enseñarse.

—Entonces, ¿no tengo nada que aprender aquí?

—La sabiduría no puede enseñarse, pero sí puede aprenderse»

En esta breve historia, se deduce la aplicación de una metodología de relato que tiene como finalidad ayudar a pensar al lector, el lenguaje del supuesto *maestro* que puede inscribirse en cualquier ideología o religión, a veces resulta misterioso, complejo, pero tal como decía el autor, sus libros no estaban dirigidos a instruir a nadie, sino que debían contribuir a *despertar* al lector.

Siguiendo en la misma línea se han escrito con diferentes propósitos otras historias que admiten reflexiones más o menos trascendentes y otras más divertidas, todas ellas con la finalidad de justificar a través del mimetismo y la analogía, distintas pautas del comportamiento humano, a menudo con la finalidad de llevar a la reflexión que permita a cada lector sacar sus conclusiones y actuar.

Lo que sigue a continuación son cuatro historias de ficción, que ponen a prueba algunos de los valores que nos caracterizan como raza humana.

Cada una de estas historias está desarrollada en momentos y lugares históricos distintos que van desde la alta Edad Media hasta el siglo XXI. La primera historia transcurre muy cerca de la tierra que me vio nacer, es una historia de coraje, de voluntad y que proclama una vez más, como una limitación puede convertirse en una oportunidad; la segunda historia se remonta a los tiempos de la primera Constitución española al inicio del siglo diecinueve y evidencia también que lo mejor no siempre es lo más adecuado; a continuación relato una historia entre romántica y empresarial de los fabulosos años 70 —que viví con atención y desespero desde nuestro pequeño país atrapado por una dictadura,

aunque jamás consiguió vencer nuestras fantasías—. La acción se inicia en la mítica París y en ella confluyen pasiones humanas, ya sea por el dinero o por la utopía de la felicidad; por último una historia del futuro, la eterna búsqueda de la excelencia en todo lo que hacemos, relacionada con las emociones que nos hacen humanos, en ella descubrirás el desarrollo de las ocho competencias consideradas *ideales*, para disfrutar de lo que uno puede hacer en el futuro.

Son cuatro historias, sobre la confianza en sí mismo, los valores, el fracaso y la esperanza, los cuatro puntos cardinales, que en el mundo profesional se convierten en *Talento, Talante, Actitud y Aptitud*.

Cada una de estas historias está inspirada en la realidad y es la consecuencia de la forma en que actuamos con nosotros mismos y con los demás, por ello tengo la humilde confianza de que su lectura sin duda pueda permitirte reflexionar sobre muchas historias parecidas de las que has sido testigo y por ello es muy probable que no seas la misma persona cuando lo hayas leído.

Por último te diré que todo lo que pasa en estas páginas, seguro que ha ocurrido de verdad y mucha gente ha podido percibirlo, porque el tiempo no es más que algo ambiguo que define perfectamente el escritor Michael Ende en *Momo*:

«Hay una cosa muy misteriosa pero muy cotidiana. Todo el mundo participa de ello, todo el mundo lo conoce, pero muy pocos se paran a pensarlo. Casi todos se limitan a tomarlo como viene, sin hacer preguntas. Esta cosa es el tiempo. Hay calendarios y relojes para medirlo, pero eso significa poco porque todos sabemos que, unas veces, una hora puede parecernos una eternidad, y otras, en cambio, pasa en un instante; depende de lo que hagamos durante esta hora. Porque el tiempo es vida. Y la vida reside en el corazón».